

LA HISTORIOGRAFÍA FRANQUISTA

Marc Baldó Lacomba*

FRANQUISMO, HISTORIOGRAFÍA FRANQUISTA Y RENOVACIÓN HISTORIOGRÁFICA

Asomarse a la producción historiográfica de la época franquista (1939-1975) obliga a discernir entre la historia oficial o *historiografía franquista* y la que, aunque se produjo en estas cuatro décadas, no tenía nada que ver con la dictadura, rebatió uno a uno sus argumentos y renovó la disciplina, abriéndola a novedades temáticas y metodológicas. Entenderemos, pues, por historiografía franquista la que se produjo para justificar y glorificar la dictadura. En este trabajo nos ocuparemos de ella, aunque en este primer apartado nos interesará presentar un marco general.¹

La dictadura de Franco era un régimen fascista que al acabar la guerra civil se definía (todavía sin necesidad de disimulos) como un estado totalitario y que tenía por misión sojuzgar el liberalismo, la democracia, el movimiento obrero y toda idea que cuestionase la dominación de los vencedores de la guerra civil, reprimiendo con saña y crueldad e imponiendo una economía autárquica basada en el intervencionismo y el control de los salarios que produjo una atroz miseria entre la mayor parte de la población, mientras que la burguesía se enriquecía. A esta "tarea" la llamaban a veces *revolución nacional*.

* Universitat de València.

¹ Como bibliografía esencial véanse Pasamar, *Diccionario*, 2002; *Historiografía*, 1987; *Historiografía*, 1981; Marín, *Historiadores*, 2005; Jover, "Corrientes", 1999, pp. 273-310 (fue publicado en 1975 en el *Boletín Informativo de la Fundación Juan March*, núm. 36 y en 1976 en el libro colectivo *Once ensayos sobre la Historia* que editó dicha fundación), y Olábarri, "Peso", 1990, pp. 417-437.

Para llevar a buen puerto esta *revolución*, a la dictadura no le bastaba con enterrar, desterrar y aterrar a quienes consideraba enemigos de España, ni con imponer sus leyes fundamentales, sus sindicatos verticales, sus cartillas de racionamiento, su censura o sus tribunales militares y especiales; se requería, además, elaborar un discurso ideológico a la altura de la "misión histórica" que estaba realizando, que justificase y legitimase el golpe de Estado, la guerra, la represión, el hambre, y que cantara además las excelencias y las ventajas de una dictadura que se consideraba heredera de la *España eterna*.

La historiografía franquista aportaba la interpretación que requería el régimen, construía una explicación de la historia de España cuya función era armar ideológicamente la dictadura remontándose a tiempos pretéritos, definiendo las "auténticas" raíces de la patria y denunciando las desviaciones y atropellos que introdujeron algunos ilustrados así como todos los liberales, todos los demócratas y republicanos, todos los institucionalistas y europeístas y, por supuesto, todos los nacionalistas, socialistas, comunistas y anarquistas.

Al acabar la guerra civil, los historiadores partidarios del franquismo ocuparon rápidamente cátedras de historia y puestos de dirección en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Se trataba de parte de los catedráticos de antes de la guerra, conservadores, católicos y monárquicos, y que radicalizaron sus posiciones en los años republicanos.² A ellos se añadieron profesores que nacieron en las primeras décadas del siglo xx, que participaron en el bando franquista de la guerra y consiguieron cátedra al acabar ésta (en oposiciones llamadas *patrióticas* por cuanto se valoraba el compromiso político con la derecha católica y la Falange). Entre los segundos cabe citar a Pedro Laín Entralgo, nacido en 1908; Manuel Ballesteros Gaibrois, en 1910; Martín Almagro, Alfonso García-Gallo, Luis Díez del Corral y José Antonio Maravall, en 1911; Luis Sánchez Agesta, en 1914; Rafael Calvo Serer y José María García Escudero, en 1916; Ángel López-Amo y Federico Suárez Verdaguer, en 1917; Florentino Pérez Embid, Demetrio Ramos y Vicente Rodríguez Casado en 1918; Vicente Palacio Atard, en 1920...³

² Ejemplos pueden ser, entre otros, Carlos Riba García (1872-1949), Antonio de la Torre y del Cerro (1878-1976), Juan de Contreras (1883-1978) y Cayetano Alcázar Molina (1897-1958).

³ De los citados, excepto García-Gallo, que ganó cátedra en 1935, los demás la ganaron después de la guerra: Ballesteros y Almagro en 1940; Calvo Serer, Laín, Rodríguez Casado y Sánchez Agesta, en 1942; López-Amo, en 1945; Maravall, en 1946; Díez del Corral en 1947, Palacio Atard y Suárez Verdaguer en 1948, Pérez Embid, en 1959. Demetrio Ramos fue catedrático de instituto en 1941, adjunto de universidad en 1952 y catedrático en 1970. Comellas fue profesor ordinario del Estudio General de Navarra en 1959 y luego catedrático en Sevilla. García Escudero era militar de carrera, periodista, letrado de las Cortes y, además, participante en actividades universitarias desde los años cuarenta.

Estos historiadores, y otros que no se han citado, rompieron amarras con la historiografía liberal. Una vez que quedó arrasada esta y en el exilio sus principales cultivadores, diseñaron las líneas maestras de su singular interpretación de la historia de España rebuscando argumentos en las ocurrencias ideológicas de la derecha católica, radical y fascista de las décadas precedentes y, en concreto, en las interpretaciones históricas más reaccionarias, entre las que merece subrayarse la de Menéndez Pelayo. Con todo ello crearon un producto historiográfico rancio, hipernacionalista e indigesto que, a la sazón, se crió al margen de cuantas novedades sucedían afuera pues la historiografía franquista, autárquica de vocación, nació y vivió aislada de la renovación occidental que se producía precisamente en aquellos momentos.

La historia oficial fue hegemónica por no decir única durante los años cuarenta y principios de los cincuenta. ¿Cómo hacer carrera académica en aquellos años en los que el paredón rezumaba cada amanecer o anochecer (en estos los tribunales militares eran autónomos) sin pagar el debido peaje a la interpretación histórica conveniente? ¿Cómo consolidar posiciones en el escalafón y en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas sin rendirse a las líneas ideológicas que incidían en las *rutas católicas e imperiales* de la patria? Estas propuestas se adueñaron durante tres lustros de la historiografía española y sus redes apresaron a diversos historiadores: no sólo a aquellos que desde los despachos ideológicos del régimen promovían esta o parecida interpretación, sino también a otros más jóvenes que cayeron en la órbita de la historia oficial.⁴

Fuera de la órbita oficial hubo historiadores, muy pocos, que no se dejaron atrapar por las *rutas imperiales*. Se trata de profesores de cierta edad al acabar la guerra, viejos liberales e institucionistas, por lo común conservadores, que mantuvieron sus cátedras a veces con alguna dificultad y se adaptaron al franquismo cultivando la historia de manera muy diferente a como lo hacían los partidarios del *imperio*, como Menéndez Pidal, Carande, García Bellido o García de Valdeavellano.⁵ Carande, por ejemplo, se dedicaba a estudiar en aquella década a los banqueros de Carlos V, mientras el grueso

⁴ Hasta Vicens Vives pagó tributo y parece ser que con alguna convicción. Aunque en los años cincuenta fue uno de los firmes apoyos con que contó la renovación historiográfica, en los cuarenta su producción es tributaria de los condicionantes del momento. Muestra de ello es su trabajo *España*, 1940. Véase Muñoz, *Jaume*, 1997, pp. 117-127.

⁵ Ramón Carande (1887-1986) fue catedrático desde 1916, excedente desde 1932 y reincorporado —con problemas— en 1945; Ramón Menéndez Pidal (1869-1968) fue catedrático desde 1899; Antonio García Bellido (1903-1972), desde 1931; Luis García de Valdeavellano (1904-1985) desde 1933. En esta misma línea, Julio Caro Baroja (1914-1995), conservador de museos y catedrático desde 1981.

de sus colegas glosaban las gestas del “Alférez de Jesucristo”.⁶ A estos profesores deben añadirse los que vivieron en el *exilio interior*, como Deleito y Soldevila,⁷ y aquellos otros de menos relumbrón que, más que preocuparse por la clave del *ser de España*, se dedicaron a la erudición y a la historia local, a la exhumación arqueológica o al acarreo documental y publicaron investigaciones de factura erudita, resueltas con técnica solvente pero con limitada capacidad de interpretación.⁸

Sin embargo, a partir de mediados de la década de los cincuenta o incluso antes empezó el declive de la historiografía franquista. Hubo algunos catedráticos audaces, pocos, que ganaron plaza a finales de los cuarenta y durante los cincuenta que, aunque hubiesen empezado sus investigaciones influidos por la historia oficial, abandonaron pronto aquellos derroteros y se plantearon hacer otro tipo de historia. Empezaron a mirar más allá de los Pirineos, a sentirse cautivados por *Annales* y por hispanistas señeros, a leer de tapadillo a historiadores españoles liberales y del exilio, a estudiar la economía y la sociedad, a analizar la política desde una perspectiva crítica. Definieron “problemas históricos” y no cuestiones maniqueas de españoles auténticos y españoles bastardos, investigaron las especificidades territoriales de las Españas y algunos osaron explorar el arriesgado siglo XIX, liberal y pecaminoso para los franquistas, con una mirada independiente que procuraba entender las raíces sociales y políticas del liberalismo. En definitiva, rompieron con la historia esencialista y pasaron a interesarse abiertamente por la realidad de las muchedumbres, por la economía, la sociedad, la política y las ideas compartidas. Entre estos pioneros, cuyos trabajos eran tan diferentes a la producción historiográfica de los franquistas (por método, planteamiento de problemas e interpretación) deben destacarse los nombres de Vicens Vives, Jover, Reglà y Artola.⁹ No es extraño que cuando se

⁶ Carande, *Carlos V*, 1943; 1949, y 1967. (Hay una edición completa y más reciente de 1986).

⁷ José Deleito Piñuela (1879-1957) publicó una serie de libros sobre la vida cotidiana en la época de Carlos IV. Ferran Soldevila (1894-1971), que conoció el exilio exterior e *interior*, recuperó la historia en clave liberal y atendió la diversidad territorial de España, como muestra el compendio *Historia de España* (1952 y 1959) (reeditada en Barcelona, Crítica, 1995). Sobre este autor, véanse Pujol, *Ferran*, 1995, y Piqueras, “Ferran”, 1997.

⁸ Para el caso de la Universidad de Valencia, Furió, “Autarquía”, 1990, pp. 903-920, y Guinot, “Historiografía”, 1997, pp. 119-152.

⁹ Jaume Vicens Vives (1910-1960), catedrático en 1947, con una trayectoria intelectual oportunista en los años de la inmediata posguerra, pasó de hacer una historia erudita y hasta franquista a ser uno de los principales introductores de la escuela de los *Annales* y organizar una escuela historio-

les pregunte cómo se formaron como historiadores y quiénes fueron sus maestros contesten: “somos autodidactas”.¹⁰

Pero no sólo fue cuestión de un puñado de catedráticos audaces. A lo largo de la década de los cincuenta, la historiografía franquista, con su interpretación providencial de la historia de España y sus clamorosas limitaciones metodológicas, dejó de cautivar a los estudiantes más “inquietos”, que decía Laín Entralgo.¹¹ Los tiempos habían mudado. A muchos veinteañeros que entonces poblaban las aulas, fuesen hijos de *vencedores* o de *vencidos*, no les decía nada el griterío nacionalcatólico y nationalsindicalista. No se acomodaban ni a los rezos ni a los actos patrióticos de aquella mediocre universidad. No se interesaban por la escolástica, que había que estudiar “por cojones”, según decía un catedrático de filosofía del Opus Dei.¹² “Ni el marxismo, ni el positivismo, ni el liberalismo, ni el existencialismo tienen vigencia aquí”, decía un estudiante de Salamanca al mediar los años cincuenta, y hasta cuando quiso leer a Voltaire, “un cura que había allí de bibliotecario me dijo que estaba prohibido”.¹³ Estos estudiantes no se conformaban con las lecturas de precepto, ni les decía nada la historia que se les enseñaba ni se les exigía (“¿Quién fue Subiluliuma?”, “Dígame los ríos de Java”).¹⁴ Sentían curiosidad por autores vedados y se preocupaban “por la sociedad que te rodeaba”.¹⁵ Estos estudiantes que vivían su tiempo y querían vivir *al vent de món*, como pronto cantó uno de ellos, tenían otras experiencias e inquietudes y se rebelaron: en 1956 formalizaron su protesta antifranquista.¹⁶ Era un paso de gigante. En la primera mitad de los cuarenta, “había que jugarse el tipo

gráfica; en 1957-1959 se publicó, bajo su dirección, la *Historia social y económica de España y América*. José María Jover Zamora, nacido en 1920 y catedrático en 1949, publicó en 1952 *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea*. Joan Reglà i Campistol (1917-1973), catedrático en 1958, influido por Vicens y miembro de su grupo, investigó aspectos económicos y sociales de los siglos XVI y XVII como los moriscos o el bandolerismo barroco. Miguel Artola Gallego, nacido en 1923 y catedrático en 1960, en 1953 publicó su tesis *Los afrancesados*, y en 1959, *Los orígenes de la España contemporánea*, recuperando las cuestiones que interesaban a la historiografía liberal y fundamentando con rigor el liberalismo español desde sus bases sociales.

¹⁰ Entrevista a Miguel Artola, realizada por Javier Paniagua, José A. Piqueras y Joaquín Prats, 1999, *Aula*, 3.

¹¹ Laín, “Informe”, 1982, pp. 45-53.

¹² Ramírez, *Nuestros*, 1964, p. 99.

¹³ Entrevista a Raúl Morodo en Vilar, *Protagonistas*, 1968, p. 140. También Morodo, *Atando*, 2001, pp. 67-74.

¹⁴ Entrevista a Jordi Nadal realizada por Javier Paniagua, José A. Piqueras y Joaquín Prats, 2000, *Aula*, 5.

¹⁵ Entrevista a Josep Fontana por Javier Paniagua, José A. Piqueras y Joaquín Prats, 1999, *Aula*, 4.

¹⁶ Lizcano, *Generación*, 1981.

si se quería intercambiar ideas; la cárcel era el único sitio donde se hablaba con libertad".¹⁷ Pero a fuerza de jugarse el tipo, los "inquietos" empezaban a intercambiar ideas. A esta cohorte pertenecen los que renovaron la historia.

Se trataba de individuos que en su mayor parte nacieron en los años de la república y la guerra (y pronto después) y que llegaron a la universidad en los años cincuenta. Si se interesaban por la historia, se hicieron preguntas que nunca supo ni quiso responder la doctrina histórica oficial. En la medida en que se fueron doctorando y consolidándose en el profesorado, rompieron con la historiografía franquista y renovaron la disciplina. Las novedades historiográficas (como cualquier tipo de novedad intelectual) sonaban bien a sus oídos y las buscaban en sus lecturas e investigaciones. Estos jóvenes, críticos con la dictadura y antifranquistas, fueron los que de hecho quebraron el discurso de la historia oficial. *El antifranquismo político y la regeneración de la historia iban de la mano*, aunque puede rebuscarse alguna excepción. Asimilaron los nuevos métodos de la historia cuantitativa y la historia económica, exploraron las estructuras y las coyunturas, abordaron la historia social, plantearon una nueva manera de enfocar la historia política, se interesaron por la edad contemporánea, se preocuparon por la historia del derecho, las instituciones y las ideas. Con la influencia de los *Annales*, añadieron la del materialismo histórico y la historiografía económica y política anglosajona. Su amplia nómina y su obra, sumadas a la de los pioneros de los años cincuenta que continuaron intensificando sus trabajos, barrió la hegemonía de la historia oficial y redujo a pervivencia para conformistas u oportunistas las explicaciones de las esencias patrias.

Estos historiadores empezaron a ejercer en la universidad a finales de los cincuenta o comienzos de los primeros sesenta. Si bien no todos, muchos de ellos tenían una experiencia familiar republicana y a veces un compromiso activo contra la dictadura. Algunos ampliaron estudios en universidades europeas y americanas, trabaron relación y amistad con lo mejor del hispanismo, conocieron la historiografía liberal proscrita por la dictadura y admiraron a algún profesor liberal que se le coló al Glorioso movimiento nacional, o conectaron con él si vivía el *exilio interior*. Algunos nombres por orden cronológico son: Juan José Carreras, nacido en 1928; Jordi Nadal, en 1929; Enric Sebastià, Jordi Solé Tura y Marcelo Vigil, en 1930; Abilio Barbero y Josep Fontana, en 1931; Francisco Tomás y Valiente, en 1932; Gonzalo Anes,

¹⁷ Entrevista a Nicolás Sánchez-Albornoz realizada por Javier Paniagua, José A. Piqueras, Joaquín Prats y Vicent Sanz, 2001, *Aula*, 7.

Elías Díaz, Miquel Izard, José María López Piñero y Mariano Peset, en 1934; Josep Termes, Gabriel Tortella y Julio Valdeón, en 1936...¹⁸

La renovación historiográfica que desarrollaron se vio alimentada y aumentada por el crecimiento económico y el cambio social que se producía en los sesenta: incremento de niveles de renta, veloz urbanización, crecimiento de estudiantes y su diversificación social, aumento de profesores (que, por cierto, acabó incorporándolos a la universidad). La sociedad española, no así la dictadura, se hizo más abierta, cambiaron las experiencias de vida, las costumbres y las expectativas de los ciudadanos. La cultura política antifranquista y democrática se desarrolló. La renovación historiográfica fue un aspecto de este cambio social.

¹⁸ Juan José Carreras, profesor desde 1950 de historia antigua, pasó a historia contemporánea especializándose en historiografía e introdujo el materialismo histórico; entre sus obras, *Marx y Engels (1843-1846): el problema de la revolución* (1968). Jordi Nadal, profesor desde 1952, se especializó en historia de la población y de la economía: *Historia económica de España* (1958), en colaboración con Vicens, *La población española, siglos XVI a XX* (1966), *El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913* (1975). Enric Sebastià, profesor de universidad desde 1962, su obra parte de *Annales* y desemboca en el materialismo histórico, abordando como tema central "La revolución burguesa en España", tesis leída en 1971 y publicada en 2001, *La revolución burguesa. La transición de la cuestión señorial a la cuestión social en el País Valenciano*; además formó una escuela historiográfica que recorre diversas generaciones. Jordi Solé Tura, profesor desde 1959 y autor de *Catalanisme i revolució burguesa en Barcelona* (1967). Marcelo Vigil (1930-1986), especialista en historia antigua y media e introductor de la historia económica y social en el periodo de su estudio desde la perspectiva del materialismo histórico; en 1965 publica, en colaboración con Barbero, un artículo que da la vuelta a la versión tradicional sobre la reconquista y plantea la génesis del feudalismo, "Sobre los orígenes sociales de la Reconquista", y con el mismo autor el libro *La formación del feudalismo en la Península Ibérica* (1978). Abilio Barbero, profesor desde 1959 y a cuyos trabajos con Vigil nos hemos referido. Josep Fontana, profesor desde 1957, estudioso de la transición al capitalismo y de la historiografía, introductor a través de revistas y el asesoramiento de editoriales de historiografía fundamental y autor de *La quiebra de la monarquía absoluta* (1972), *Hacienda y Estado en la crisis final del antiguo régimen español, 1823-1930* (1973). Francisco Tomás y Valiente (1932-1996), profesor desde 1957, se interesó en la historia social del derecho penal, la desamortización, la monarquía absoluta y el estado liberal; es autor de obras como *El marco político de la desamortización en España* (1971) y *La tortura en España. Estudios históricos* (1973). Gonzalo Anes, historiador de la economía y el pensamiento económico, y autor de *Economía e ilustración en la España del siglo XVIII* (1969). Elías Díaz, profesor desde 1956, especializado en historia de las ideas políticas y autor de *La filosofía social del krausismo español* (1973). Miquel Izard, profesor desde 1961, especializado en historia del movimiento obrero, la sociedad burguesa y más tarde en historia americana desde una óptica social que retaba rigurosamente al americanismo oficial; entre sus libros: *Revolució industrial i obrerisme* (1970). José María López Piñero, que ha renovado la historia de la medicina y de la ciencia y ha formado una escuela historiográfica, publicó *La introducción de la ciencia moderna en España* (1969). Mariano Peset, profesor desde 1967, ha planteado una historia social de las universidades y dirige un grupo de investigación sobre este tema con discípulos mexicanos; es autor, con su hermano José Luis, de *La universidad española (siglos XVIII y XIX). Despotismo ilustrado y revolución liberal* (1974). Josep Termes, especializado en movimiento obrero y autor de *Anarquismo y sindicalismo en España* (1977). Gabriel Tortella, profesor desde 1960, historiador de la economía y autor de *Los orígenes del capitalismo en España* (1973). Julio Valdeón, profesor desde 1958, que ha investigado la edad media desde la perspectiva de la historia social influido por el materialismo histórico, y publicó *Los conflictos sociales en el reino de Castilla en los siglos XIV y XV* (1975).

Pero esta renovación, aunque se produjese *en* el franquismo, no forma parte de la *historiografía franquista* propiamente dicha. Esta entró desde entonces en un acelerado descrédito, pese a que el escalafón estaba colmado de catedráticos franquistas convencidos. Los epígonos de la historiografía oficial, que también existieron y hasta hicieron una carrera universitaria veloz, se limitaron a repetir como ecos las ocurrencias de los pioneros o, en el mejor de los casos, a hacer una historia empírica con gran aporte de datos y clamorosos silencios interpretativos. Incluso sucedió que, al acabar los años cincuenta y empezar los sesenta, cambiaron su rumbo científico y político algunos profesores que en otros días fueron celebridades falangistas como Laín, José Antonio Maravall o Díez del Corral.

RUPTURA DE LA HISTORIOGRAFÍA LIBERAL E IDEALISMO

Si se tuviesen que sintetizar las directrices de la historiografía franquista, creo que deberían destacarse dos: la ruptura de la historiografía liberal y el idealismo. La historiografía anterior a la guerra civil se caracterizaba principalmente por haberse interesado en ampliar el sujeto de la historia: a la *historia política* de sucesos que protagonizaban personajes "importantes", característica del XIX, se añadió el interés por la experiencia del *pueblo español*, desarrollándose la llamada *historia interna*, que estudiaba aspectos institucionales, jurídicos, sociales, psicológicos, económicos, científicos, artísticos y morales de la *civilización española*, y los relacionaba con los sucesos políticos que, por otro lado, seguían marcando la pauta del proceso histórico.¹⁹ Ejemplo de sus contenidos es la *Historia de España y de la civilización española* (1899-1911) de Rafael Altamira, que, a decir de Bosch Gimpera, superaba "el relato de la historia política paralizada en los hechos de los reyes".²⁰

Ideológicamente esta historiografía de estirpe liberal no era uniforme: había historiadores monárquicos y republicanos, católicos y laicos. Como no podía ser de otro modo, tenían sus debates metodológicos y uno de los más

¹⁹ Representantes de esta orientación novedosa fueron Eduardo Hinojosa (1852-1919), Rafael Altamira (1866-1951), Ramón Menéndez Pidal (1869-1968), Pere Bosch Gimpera (1891-1974), José María Ots Capdequí (1893-1975) y Claudio Sánchez-Albornoz (1893-1984). Véanse Fox, *La invención*, 1998; Carreras, "Altamira", en la obra del mismo autor *Razón*, 2000, pp. 160-175; Zamora, "Rafael", 1994, pp. 12-43; Rodríguez de Lecea, "Enseñanza", 1988, t. II, pp. 519-534, y Baldó, "Plan", 1999, t. II, pp. 59-75.

²⁰ Bosch, "Rafael", 1966, p. 12.

punzantes fue el que contraponía *erudición* versus *síntesis*: es decir el historiador tenía que comportarse como una especie de “rata de archivo” exhumando y acarreando anécdotas y datos, o por el contrario, contemplaba su obligación como científico y arriesgaba una interpretación global y contrastada del proceso histórico, formulando hipótesis y sirviéndose del método sociológico.²¹ Tampoco faltaban interpretaciones divergentes sobre la significación o la idiosincrasia de la historia de España, tema que, por otro lado, preocupaba y hasta angustiaba a intelectuales, políticos y profesores desde 1898, año en que España perdió sus últimas colonias ultramarinas.

Pero, pese a todas estas discrepancias, al menos en el medio académico de las universidades y del Centro de Estudios Históricos (creado en 1910), predominaba el propósito de reconstruir, con la ayuda del método hermenéutico —que se trabajaba con rigor y con objetividad— la historia de la nación y su pueblo procurando ofrecer una explicación laica y científica de su proceso.²²

Junto a estas corrientes liberales, coexistía una visión de raíz neocatólica que interpretaba providencialmente la historia de España. Su jefe de filas era Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912), autor de la *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-81).²³ Esta orientación, que tenía hondas raíces,²⁴ sostenía que lo español y lo católico era consustancial. En ámbitos políticos tra-

²¹ Un resumen del debate erudición/síntesis en Deleito, *Enseñanza*, 1918, pp. 84-121.

²² Este interés lo compartían todos, fuesen republicanos o monárquicos, eruditos o sintéticos. Pío Zabala Lera (1879-1968) no era ningún republicano. Fue conservador, maurista, simpatizó con la dictadura de Primo de Rivera y colaboró con la de Franco. En 1930, publicó los tomos v y vi de la *Historia de España y la civilización española* que había empezado Altamira, correspondientes al siglo xix. La obra se organizaba, como los cuatro tomos anteriores de Altamira, atendiendo los aspectos políticos “externos” y la historia “interna”, es decir, la organización social, política, económica, cultural y moral del pueblo español. Pues bien, por conservador que fuese, no tenía empacho en explicar que la actividad económica del país fue favorecida por la abolición de privilegios y derechos señoriales, la desamortización de bienes eclesiásticos y vinculados, la supresión de gremios y la liberalización económica (t. v, p. 187). Ni tampoco se arredraba a la hora de valorar las consecuencias de la desamortización eclesiástica y municipal, aportando testimonios y opiniones divergentes —Azcárate, Balmes— (t. vi, pp. 112 y ss.). Apreciaba —aunque muy sucintamente— que en la “emancipación hispanoamericana” hubo posiciones divergentes entre los liberales americanos y los “factores indígenas más cultos y animosos”, y los “elementos aristocráticos criollos” que querían la independencia “sin la revolución popular” (t. v, p. 137). Cuando explicaba “la cuestión social y las organizaciones obreras”, argumentaba que la causa de tal cuestión era “la revolución económica operada” y, sin entrar en las relaciones de producción, hablaba con tono cristiano del “egoísmo de los poderosos” y “la rebeldía de los humildes” (t. vi, pp. 176 y ss.). No hay comparación posible entre lo que decía Pío Zabala y los manuales franquistas... Este es el tono liberal de explicación histórica al que me refiero.

²³ Sobre este autor y su contexto, véanse Santoveña *Marcelino*, 1994, y *Menéndez*, 1994.

²⁴ Quien descubrió el “invento” de la interpretación providencial fue Javier Herrero, “Los orígenes del pensamiento reaccionario español”, *Cuadernos para el Diálogo*, 1971, Madrid. El autor muestra cómo el núcleo central de los tópicos y mitos de la consustancialidad católica de España, o la alianza del Trono y el Altar, los crearon los “serviles” de la época de Fernando VII influidos por la

dicionalistas la influencia de esta corriente era hegemónica, pero su impacto en el medio académico, predominantemente liberal, era menor. Sin embargo, esta visión fue impulsada por la derecha católica durante la segunda república (1931-1939), nutriendo con argumentos a los enemigos de las reformas republicanas, especialmente las laicas y las de contenido social. Esta derecha veía a la España de los años treinta amenazada por “el separatismo y la revolución comunista”, y tal amenaza, como decía Maeztu, “está sacando a los escritores, uno tras otro, de su mundo, para lanzarlos a la arena política”.²⁵

La polarización política e ideológica cobró cada vez más fuerza y afectó a la historiografía. En 1933 se publicaba la *Historia de España seleccionada en la obra del maestro* (Menéndez Pelayo) que preparó el general Jorge Vigón, miembro de Acción Española (grupo de la derecha radical que se organizó en 1931), obra que conoció desde entonces varias ediciones. Como ha puesto de relieve el profesor José-Andrés Gallego, el general Franco, en cuyo grupo de conspiradores estaba Vigón, compartía la visión de la citada antología. Poco después de iniciarse la guerra, Franco declaraba a un periódico de Buenos Aires que el *alzamiento* representaba “el nacimiento de una nueva España, hija de aquella que floreció en el siglo XVI, y ajena completamente a la España extranjerizada... de los siglos XVIII, XIX y comienzos del presente”.²⁶

Desde 1936, el providencialismo empezó a tener seguidores (a veces con el entusiasmo del converso) en las filas del profesorado. No pocos catedráticos franquistas, en el fragor de la guerra, se convirtieron en enjambres de intelectuales decididos a aportar principios ideológicos a la *nueva España*. Estos profesores dictaban cursos y conferencias organizados por las autoridades franquistas y en ellos abordaban temas que serían habituales después de 1939, como por ejemplo “La España imperial”, “Catolicidad e imperio”, “La lucha contra las corrientes filosóficas heterodoxas”, etcétera.²⁷

El profesor de filosofía Manuel García Morente decía en 1938 que España era una nación “a quien la Providencia le confirió la misión de salvar

literatura política francesa antirrevolucionaria. Para rastrear la continuidad y las variaciones de esta interpretación a lo largo del siglo XIX y principios del XX, Fox, *Invencción*, 1998.

²⁵ Maeztu, *Frente*, 1956, p. 113. Este libro es una recopilación de artículos publicados en *ABC* por Maeztu entre 1931 y 1936, cuya selección y estudio preliminar preparó Gonzalo Fernández de la Mora. El que se cita fue publicado en *ABC* el 30 de noviembre de 1934.

²⁶ Declaraciones de Franco a *La Nación* de Buenos Aires (octubre de 1936), citado por José Andrés-Gallego, “El problema (y la posibilidad) de entender la historia de España”, en la obra coordinada por este autor, *Historia*, 1999, p. 305.

²⁷ Carreras, “Universidad”, 1983, pp. 418-434. También sucedió igual en las universidades de Salamanca y Santiago. A ello me he referido en mi trabajo, “Universidad”, 2002.

la cultura cristiana". Con argumentos nada nuevos sostenía que esta misión providencial, forjada durante siglos, acabó por configurar "los caracteres más típicos de la hispanidad". Todo español auténtico tenía alma de caballero cristiano, era paladín de su propio ideal, defensor del honor, poseedor de valía, arrojo, altivez y era obediente a una fuerza interior íntima y misteriosa que lo disponía a actuar en sentido cristiano...²⁸ Que los historiadores del primer tercio del xx dedicaran una parte de sus esfuerzos a estudiar la *psicología del pueblo español* no era ninguna novedad. Lo hizo hasta el propio Altamira. Sin embargo, la interpretación que hacían los franquistas de la supuesta psicología nacional rompía con la pluralidad de matices del imaginado perfil psicológico de los españoles, reduciéndola a las virtudes del caballero cristiano; los otros aspectos, o no existían o no eran auténticamente hispanos: eran pura heterodoxia. Abiertas las compuertas de la historia a la irracionalidad, nuestro autor diseñó nada menos que una *filosofía de la historia de España*.²⁹

Por el contrario, los profesores que se comprometieron con la república, en sus conferencias y cursos de los años de la guerra, que también dictaron, no rompieron con las directrices historiográficas características de la historiografía liberal, antes al contrario, profundizaron en ellas: reflexionaron sobre las raíces populares del proceso histórico español, rastrearon —remontrándose nada menos que a los tiempos prehistóricos— la pluralidad cultural de la nación o profundizaron en los aspectos sociales de su historia. Y por supuesto, arremetieron, siempre que tuvieron ocasión, contra la historia "ortodoxa" que, según explicaba Bosch Gimpera en una conferencia de 1937,

Partía de ideas dogmáticas y metafísicas sobre la esencia de España y de su civilización como de un ente metafísico. Era consubstancial con ella la misión de España en América, la defensa de la unidad religiosa, la realización —prefigurada en la época romana— de España por Castilla y por la monarquía desde Ataúlfo a la dinastía borbónica. Puesta en peligro la unidad en el fraccionamiento de la Edad Media por los musulmanes, se reconstruía poco a poco durante la Reconquista y culminaba con los Reyes católicos, los verdaderos restauradores de España y el punto inicial de su grandeza; desde entonces los valores castellanos, sublimados por el Imperio, entre ellos la lengua, se con-

²⁸ García, *Obras*, 1996, t. II, vol. 1, p. 318.

²⁹ *Ibid.*, Hubo multitud de trabajos similares. César Silió, promotor de una reforma universitaria en 1919, publicó *Trayectoria*, 1939.

virtieron en los valores españoles por antonomasia. Cuanto no se ajustaba a este esquema era herético.³⁰

En 1939 se consumó la ruptura de la historiografía liberal. Los profesores partidarios de la república (definidos por los franquistas como una “caterva de pedantes malvados” que seguían “las consignas inalterables de la Institución Libre de Enseñanza” y que “envenenaban” a los jóvenes),³¹ conocieron todo el peso de la represión. Unos se exiliaron y otros fueron separados de sus cátedras. Los profesores de derecha, por el contrario, se beneficiaron con los huecos que dejaron los republicanos y, como todo tiene un precio, sus concepciones se vieron influidas por la *adhesión inquebrantable* que les reclamaba la *nueva España*. Fue suficiente “extirpar” a los profesores republicanos, mantener a los de derecha y cubrir las vacantes mediante *oposiciones patrióticas* para que se disolviese la historiografía anterior a la guerra civil. La *victoria* barrió lo que había de más novedoso en la historiografía liberal: el interés por la vida social de la colectividad, la *civilización* que decía Altamira. La *civilización*, como ha explicado Jover, aportaba un aroma demasiado sociológico, liberal y democrático que no podía cuadrar en la España fascista. La historiografía que esta proponía tenía otras metas, se servía de otras categorías y planteaba otros debates. Interesaba la cultura, el espíritu, la esencia, el ser de la patria. El énfasis en la cultura (y no en la *civilización*) se mostraba más acorde con los condicionamientos ideológicos del *nuevo Estado*.³²

En efecto, el bagaje conceptual de la historiografía franquista (si es que a cuatro conceptos mal trabados se les puede llamar bagaje) era pobre y limitado y giraba en torno de la *esencia de España*. Los historiadores oficiales se apegaron a la tradición empírica de los *eruditos* y la adornaron con los sonnetes de la ideología nacionalcatólica que recalaban una y mil veces en las esencias católicas e imperiales. Definir el *ser de España* desde los valores culturales era la tarea prioritaria.

Por cultura, los franquistas entendían el conjunto de las creaciones humanas, pero con una pertinente y necesaria *jerarquía*: las realizaciones espi-

³⁰ Pere, “España”, 2000, p. 342. José Deleito Piñuela es otro ejemplo: dio un cursillo breve sobre el tema, véase *Primer*, 1937.

³¹ Las palabras son de Luis de Galisonga, periodista falangista que en la posguerra dirigía el diario barcelonés *La Vanguardia Española* (hoy sin el adjetivo), y las recoge Abella, *Imperio*, 1978, pp. 217-218. La enemiga de los franquistas con la institución libre de enseñanza se puede ver en diversos libros como Suñer, *Intelectuales*, 1937, y *Poderosa*, 1940. Sobre la depuración, exilio y ocupación de cátedras véanse, “Universidades”, pp. 399-535.

³² Zamora, “Historiadores”, 1999, pp. 311-327.

rituales del hombre son las que generan y dirigen las materiales. En consecuencia, lo puramente esencial de la cultura, dirá Calvo Serer, es su “campo espiritual”.³³ Se trata, como se ve, de la vieja versión idealista según la cual la historia es concebida como un suceder según valores. Los valores que definían España, decían, se fueron configurando a lo largo del proceso histórico, por lo que nos hallamos ante lo que García Morente llamaba un “concepto dinámico” de cultura, según el cual cada etapa aportaba peculiaridades que dejaban su poso en los valores culturales de la nación. De este modo, la cultura (o el ser de España) permanecía y se renovaba época tras época.³⁴ Esta era la clave: el ser de España mantenía sus esencias y las renovaba continuamente sin perder los trazos de su identidad.³⁵ No faltó, sin embargo, algún profesor falangista que en vez de considerar la formación del espíritu nacional como un proceso cultural “dinámico”, llegara a proponer saborear la *sangre* que corría por la *arteria hispana*.³⁶ Pero el grueso de aquella historiografía deambuló por los territorios de la cultura de esa quasi-persona llamada España, y no por la “historia de la sangre”. No era menester medir los cráneos para ofrecerle argumentos al franquismo y a su nacionalcatolicismo.

Esta historiografía admitía que la cultura engendra el carácter del pueblo e imprime su “psicología nacional”. Ya hemos dicho que, según García Morente, los españoles —por proceso de formación cultural— eran caballeros cristianos. Pero otros cultivadores de la historia no eran tan místicos. Para García Escudero, especializado en los siglos XIX y XX, los españoles: “Somos rígidos. Por rígidos, somos intolerantes, y por intolerantes, difíciles para el diálogo, que entre nosotros, hasta alrededor de una mesa de café to-

³³ Calvo, “Valoración”, 1953, p. 2.

³⁴ García, *Obras*, 1996, t. II, pp. 385-391.

³⁵ Laín, *Ser*, 1957, p. 696.

³⁶ El profesor falangista Manuel Ballesteros Gaibrois decía: “Pese a la intuición hispánica de denominar ‘raza’ a los diversos conjuntos étnicos que hablan las lenguas españolas por el mundo, no quiero usar el término que siempre tiene un aroma a zoología clasificatoria, a humanidad ciega, a instinto procreador. Prefiero que nos dediquemos —lector y autor— a considerar la historia de la sangre española, porque la sangre es ese líquido generoso que lleva la vida a cada parte de nuestro cuerpo, y que al desparramarse nos la hace perder. Porque la sangre es donde se mezclan los diversos orígenes, aunque las manifestaciones se vean más claramente en el color de la piel, en el cabello, en la forma de la cabeza, en las proporciones del mentón o del índice cefálico. La sangre, además, es mucho más conservadora, más fiel espejo de las mezclas que en el curso de la historia se producen en los pueblos, aunque los ojos profanos no lo vean [...] Pero no nos interesa saber a qué grupos sanguíneos pertenecen los españoles [...] por la sencilla razón de que importa, más que nada, precisar el origen histórico de cada aportación de sangre que vino a nutrir la arteria hispana, a engrosar el caudal que corre por las venas españolas [...] Por estas razones prefiero hablar de Historia de la Sangre, antes que hacer una consideración sobre dolicocefalos y braquicefalos.” Ballesteros, *Historia*, 1962, pp. 77-75.

ma pronto cierto aire engallado de guerra civil.”³⁷ De ahí deduce “nuestra dificultad para adaptarnos al régimen parlamentario”, y en consecuencia que el régimen liberal de partidos, “aplicado a un pueblo nada a propósito, por su temperamento”, no era viable.³⁸ Acabáramos. Por su “modo de ser”, según los ideólogos franquistas, los españoles no se adaptan al liberalismo, ni al diálogo, ni al debate parlamentario. Por su “psicología política”, son gente intolerante que necesitan, como el campo el agua de mayo, que los gobierne una mano fuerte, un dictador (por ejemplo). La horquilla del carácter nacional se nos acaba de definir: los españoles son caballeros cristianos e intolerantes. Por lo primero son católicos; por lo segundo, necesitan gobiernos autoritarios. Las cosas claras.

A la preocupación por definir la cultura —y el carácter— de los españoles se añade el interés por estudiar las ideas. Rastrear la historia de las ideas (desde una perspectiva estrictamente idealista) es uno de los énfasis de aquella historiografía. Había que averiguar cómo brotaban, se levantaban y operaban sobre una situación histórica concreta. Por ejemplo: ¿Cómo surgió la *idea imperial* en Alfonso VI? ¿Cómo se formó el *espíritu misionero* de la monarquía? Buscar el motor de la historia en las ideas es importante por cuanto ya sabemos que éstas conforman el aspecto esencial de la cultura. Al fin y al cabo, estos historiadores conciben la historia, por decirlo con Demetrio Ramos, como “la constante depuración de ideas políticas, económicas y sociales, que no son fruto de un día”.³⁹ Y así, para explicar ideas importantes en el proceso histórico, se remontaban a tiempos muy remotos. Seguramente no hay idea más importante para aquellos historiadores que la de imperio. Pues bien, la idea imperial de la monarquía de los siglos XVI y XVII entroncaba con la cultura española y se remontaba nada menos que a la época del reino astur-leonés, aun cuando en aquella remota época fuese una idea “imprecisa” y “desdibujada”, a decir de Pérez Bustamante.⁴⁰

Evidentemente, desde estos postulados se entiende que cuando se estudiaba a los *grandes personajes* se atendía con primor a sus ideas, consideradas motor de sus acciones. En general, se daba por supuesto que las ideas de los artífices de la historia conectaban con los valores culturales de la nación, y hasta parecía obvio que si ellos eran “cumbres” ello era porque “España era la montaña donde se elevaban”.⁴¹ Pero si estos tópicos bastaban para

³⁷ García, *Canovas*, 1953, p. 89.

³⁸ *Ibid.*, p. 370.

³⁹ Ramos, *Historia*, 1947, p. 139.

⁴⁰ Pérez, *Historia*, 1951, p. 7.

⁴¹ Maeztu, *Frente*, 1956, p. 226.

“explicar” las gestas (o hechos “simbólicos, señeros y destacados por sus excelsas virtudes”⁴²) de la mayor parte de los personajes históricos, no siempre era tan sencillo dar con las conexiones. Algunos personajes esenciales se resistían a una fácil relación *espíritu nacional/ideas/gestas*. Carlos I, por ejemplo, nació en Gante, lo que obligaba a averiguar el *idearium* del emperador, rastrear las influencias y raíces de las ideas del “alférez de Jesucristo” y saber si su *idea imperial* tenía las suficientes influencias hispanas, lo que hizo correr ríos de tinta.⁴³ Las ideas, además, no sólo eran importantes para explicar a los héroes, también lo eran para el análisis de las instituciones. Estudiar cualquier institución comportaba rastrear las ideas en las que se fundamentaba esta, como si en la experiencia humana no hubiese otro aspecto de la realidad que ideas.⁴⁴

Aunque lo dicho hasta aquí no agota ni estructura el “bagaje conceptual” de la historiografía franquista, daremos por concluida esta breve excursión por aquellos sórdidos territorios. Pero ahora nos interesa abordar cómo interpretaban la historia de España los portavoces de la *historia oficial*.

LA GRANDEZA DE UNA HISTORIA INTERRUMPIDA

En 1953 salió a la luz un volumen titulado *Historia de España. Estudios publicados en la revista Arbor*. Se reunían trabajos publicados en años anteriores por esta revista, sus autores eran en su mayoría catedráticos que alcanzaron su puesto después de la guerra civil.⁴⁵ En conjunto, la obra define el *sentido* histórico de España, su identidad católica e imperial y anima además a los lectores a recuperar “la grandeza de una historia interrumpida, que a gritos nos está pidiendo y exigiendo su continuación”.⁴⁶ Esta obra es buena guía

⁴² Sobre los héroes y las gestas, Ballesteros, *Recuerdo*, 1942, pp. 13, 64. Del mismo autor, *Francisco*, 1940.

⁴³ Una abundante literatura historiográfica, no sólo española, intentaba averiguar el *idearium* de Carlos V, trabajos que sintetiza Fernández, *Política*, 1966, pp. 51-60.

⁴⁴ Demetrio Ramos, por ejemplo, explicaba instituciones de la colonización americana como la encomienda o la mita desde las ideas que brotaron del “contacto entre las ideas indígenas y las españolas”, véase *Historia*, 1947, p. 284. Estas concepciones idealistas se situaban en las antípodas de los análisis que sobre la América colonial realizaban los historiadores de la civilización como Ots Captequí o Rafael Altamira.

⁴⁵ Se recogían, entre otros; artículos de fray Justo Pérez de Urbel, Laín Entralgo, Martín Almagro, García-Gallo, José Antonio Maravall, Luis Sánchez Agésta, Calvo Serer, José Cepeda Adán, García Escudero, Ángel López Amo, Suárez Verdaguer, Florentino Pérez Embid, Vicente Rodríguez Casado, José María Jover, Palacio Atard, Octavio Gil Munilla, Ismael Sánchez Bella, Juan Sánchez Montes.

⁴⁶ Calvo, “Valoración”, 1953, p. 766.

para rastrear y ponderar los contenidos de la interpretación oficial de la historia y exponer en qué consiste esa *grandeza histórica* interrumpida por el liberalismo. Las páginas que siguen remiten con frecuencia a profesores que escribieron en aquel libro, aunque no siempre.

a) Los siglos medievales. Según la interpretación franquista, la esencia de esa quasi-persona llamada España se había ido definiendo —antecedentes al margen— a lo largo de la edad media. Ya los visigodos establecieron la monarquía y asentaron la religión cristiana. Pero el huracán islámico descompuso aquel comienzo. Fue pues durante la *reconquista* (del siglo VIII al XV) cuando se forjó la nacionalidad y se asentó la fe. En esta epopeya brillaba Castilla, motor y alma de España. Castilla, de ser una alcaldía del reino asturleonés, “un grupo de aldeas perdidas entre los repliegues de unos montes áridos, donde los hombres tenían que disputar la comida a los lobos”, se convirtió en un poderoso condado, unió a sí a otros reinos, llevó sus límites más allá de los mares y “formó un imperio en que no se pone el sol”.⁴⁷

Era frecuente considerar que los demás reinos cristianos de la península, aunque también tuvieran un ideal de cruzada y reyes conquistadores, no pudieron competir con Castilla, en gran parte porque no se sintieron herederos de la monarquía visigoda como los castellanos y, por tanto, no hicieron propio el “ideal neogótico” de recuperar el solar hispano para la fe cristiana.⁴⁸ Buen ejemplo de la modestia de los demás reinos cristianos lo ofrece la corona de Aragón, cuya “plenitud política” fue zurcir el Compromiso de Caspe (un acuerdo por el que los territorios que integraban la corona adoptaban como monarca a un miembro de la dinastía que reinaba en Castilla).⁴⁹ Con el matrimonio de los Reyes Católicos a finales del siglo XV, se alcanzaba la “unidad nacional” tanto en su aspecto territorial como en el espiritual, pues estos monarcas no sólo derrotaron al reino nazarí de Granada, sino que expulsaron a los judíos y establecieron la “necesaria” Inquisición. El *filósofo de la historia de España* lo explicaba con nitidez:

Al cabo de siete siglos de esfuerzos diarios, la nación española logra al fin su conciencia plena —y realización completa— de su esencia ideal... España ha cumplido la primera parte de su misión eterna, la de ser la nación católica, la

⁴⁷ Pérez de Urbel, “Milagro”, 1945 p. 81.

⁴⁸ García-Gallo, “Imperio”, 1945, y Steiger, “Alfonso X”, 1946.

⁴⁹ Dualde, “Plenitud”, 1948, pp. 30-32.

nación de la unidad católica, la nación en donde lo nacional y lo religioso no se superponen, sino que se compenetran en unidad consubstancial.⁵⁰

b) El esplendor del imperio. Con los Reyes Católicos empezó el segundo gran momento de la historia de la nación. La “empresa” de la reconquista había terminado. Los españoles, “hinchidos hasta reventar de vitalidad cristiana”, tenían que descubrir otra “empresa” para seguir realizándose. Y aquí es donde la situación geográfica de la península, por un lado, y la política matrimonial de los Reyes Católicos, por otro, les encomendaron, a falta de una nueva “misión histórica”, dos: evangelizar América y defender la fe católica en Europa. Casi hasta se podía oler el dedo de la providencia.

En efecto, la situación geográfica de la península, según rezaban viejos tópicos del nacionalismo español decimonónico, se veía como una especie de “proa” de Europa hacia el océano, una “mano tendida” por la civilización cristiana al nuevo mundo. Pues bien, cuando *la mano* llegó a la otra orilla en 1492, se definió la “empresa” de evangelizar América, trasplantando allende los mares “brotes nuevos de vida hispánica”.⁵¹ Pero ultramar no era la única nueva “misión”. A ella se añadió la herencia europea, que era fruto de la política matrimonial de los Reyes Católicos y que comprometió a la monarquía a defender el catolicismo precisamente en el momento en que surgía la herejía protestante en el viejo continente...

En resumen, la defensa de la fe católica y de la conquista, colonización y evangelización de América fueron las dos piedras clave del imperio. Con ellas, no sólo la vocación misionera de la monarquía y el destino de la nación alcanzaron una segunda y culminante fase de plenitud, sino que además se configuraron, según esta manera de ver la historia, los valores hispanos. Los españoles auténticos fueron desde entonces siempre fieles a este espíritu, que era el de la nación. Franco decía que la “España ideal” supo mantener vivo siglo tras siglo, incluso en medio del maremoto de los siglos XIX y XX, “el tesoro espiritual del siglo XVI”.⁵²

A partir de estos postulados, no debe sorprender que la etapa más cultivada por la historiografía al acabar la guerra civil fuese la que va de los Reyes Católicos al tratado de Westfalia (1648).⁵³ El conocimiento de este

⁵⁰ García, *Obras*, 1996, t. II, p. 398.

⁵¹ *Ibid.*, p. 399.

⁵² Franco, “Discurso”, 1939, p. 70.

⁵³ Así se deduce si se cuentan tesis de doctorado, artículos de revistas de investigación o lecciones de manuales de bachillerato. Para las tesis (1942-1947), Jover, “Corrientes”, 1999, p. 283; para la revista *Hispania* (1940-1959), Santoveña, *Menéndez*, 1994, p. 223; para la *Revista de Estudios Políticos*

periodo, debidamente distorsionado por aquellos historiadores, servía a la ideología y a la retórica del régimen para justificar el consustancial compromiso de España con la catolicidad y la supuesta *voluntad imperial* de la nación, aunque el *imperio* del que tanto hablaban los franquistas fuese de hecho un imperio de papel.⁵⁴

La explicación histórica, por otro lado, se contemplaba casi sin excepción desde su vertiente política e institucional: las batallas, la política matrimonial de los reyes, la política africana, la conquista y colonización americana, los tratados de reparto, la evangelización, la defensa de la ortodoxia frente a la herejía protestante, la defensa de la cristiandad frente al turco... La historia económica, la social y la de la civilización —los tres retos con que Braudel por entonces renovaba el conocimiento histórico de estos siglos— estaban ausentes. Cuando los historiadores franquistas de guardia se asomaban a estos aspectos de la historia, se perdían.

En una historiografía donde los tópicos nacionalistas sustituían a los argumentos y a los conceptos, los españoles de a pie, a diferencia de lo que sucedía en la historiografía de antes de la guerra, pintaban poco. Si alguna vez los paisanos de las Españas y las Indias salían a la escena histórica, creo no exagerar, era para apoyar como un solo hombre a sus héroes. Así lo hicieron, por ejemplo, los valencianos cuando los Reyes Católicos conquistaron Granada y realizaron “la unidad definitiva de España”. Entonces, los monarcas recibieron el apoyo del pueblo en “apretadas filas”.⁵⁵

En los siglos XVI y XVII, es otro ejemplo, “la mayoría de españoles, conscientes del esfuerzo agotador que imponía la política europea, aceptaron voluntariamente la carga agobiante” de los onerosos tributos que les imponían los reyes, y aceptaron estos sufrimientos por causas como —así lo explicaba Palacio Atard— la “soberbia inconsciente” que les producía que sus monarcas señoreasen un imperio donde no se ponía el sol; otras causas por las que los paisanos aguantaban el mal vivir de sostener un imperio era el “puro orgullo” y “un sentimiento profundo y grave del deber”.⁵⁶ No importa si Ballesteros o Palacio se creían que todos los valencianos de la época del rey católico y todos los españoles de los siglos XVI y XVII comulgaban

(1941-1950), Pasamar y Peiró, *Historiografía*, 1987, p. 72; para manuales de bachillerato, Valls, *Interpretación*, 1948, p. 48.

⁵⁴ Delgado, *Imperio*, 1992.

⁵⁵ Ballesteros, *Valencia*, 1943, pp. 11-109. “Prietas las filas, / regias, marciales, / nuestras escudras van, / cara al mañana, / que nos promete / patria, justicia y pan”, es una canción falangista.

⁵⁶ Palacio, *Derrota*, 1949, p. 68.

con las supuestas esencias patrias; lo que importa es que estos profesores más bien anhelaban que los españoles de la década de 1940 debían comportarse con Franco como lo hicieron, supuestamente, sus mayores con Isabel y Fernando, y con los Habsburgo...

En fin, cuando la población indígena de América —tercer y último ejemplo— aparecía en aquella historia era para verse beneficiada por la evangelización y colonización españolas. Aquellos historiadores de nacionalismo exaltado consideraban que hasta la esclavitud que imponían los españoles a los indígenas era “muchísimo más” humanizada que la precolombina.⁵⁷ Y si la esclavitud que imponían los españoles era estupenda, las formas de prestación forzosa de trabajo (encomienda y mita) eran un portento de valores que, a la sazón, se les imponían a los indios por su bien. Así, el profesor y falangista Demetrio Ramos veía que la encomienda era “el instrumento perfecto encaminado a europeizar al indio”, y la mita, aunque repugnaba, tenía como causa “la indolencia del indígena”.⁵⁸ ¿Caben más tópicos?

c) La decadencia (siglo xvii). El declive de la monarquía, según la interpretación franquista, se debía al desgaste que comportaba defender la cristiandad católica frente a los protestantes y turcos; también contribuyeron a este agotamiento el declive económico, las guerras con Francia e Inglaterra y las rebeliones internas de los Países Bajos, Cataluña o Portugal. Y por supuesto, no podía faltar la “crisis espiritual”. Una de las versiones más celebradas de la decadencia, sintetizada por Palacio Atard en 1949, explicaba que los ideales católicos, consustanciales a España, no se acomodaron a las mudanzas de los *tiempos modernos*: “España fue vencida por la revolución moderna”, decía este autor.⁵⁹ Es decir, España seguía pegada a los “viejos valores” mientras que en Europa se desarrollaban los modernos (individualismo, libertad de conciencia, secularización, racionalismo...). ¿Por qué tanto apego a las tradiciones?

Para los historiadores ajenos a la órbita oficial, como Menéndez Pidal, la razón era que la sociedad española careció de “la necesaria flexibilidad”: la política de los Habsburgo, esmaltada de intolerancias, guerras de religión, expulsiones de minorías y autos de fe, impidió que se pudiesen asimilar “las nuevas corrientes vitales de Europa”.⁶⁰

⁵⁷ *Ibid.*, p. 283.

⁵⁸ Ramos, *Historia*, 1947, p. 293 (encomienda) y p. 322 (mita).

⁵⁹ Palacio, *Derrota*, 1949, p. 193.

⁶⁰ Menéndez, *Españoles*, 1982, pp. 226-228.

Demasiado liberal y crítica era esta interpretación. Palacio Atard, y con él la plana mayor de la historia oficial, optó por otra: fue España —su espíritu, su cultura, su apego a los viejos valores— la que *no quiso* asimilar estas novedades materialistas, racionalistas y anticatólicas. España era fiel al “puro ideal cristiano” porque este formaba parte del “fondo de su esencia nacional”. Se quedó sola luchando contra “el nuevo espíritu europeo” y perdió la hegemonía. La paz de Westfalia de 1648 marcó la decadencia del imperio en Europa y la derrota de los valores espirituales que lo fundamentaron.⁶¹ Pero, aun derrotada y apeada de la hegemonía, España “prefirió vivir a la intemperie” (es decir, aislada del espíritu de la modernidad) antes que “alzar una construcción nueva que presentía frágil”. Y así se mantuvo, a modo de reserva espiritual de Occidente, durante 300 años más, esperando un momento propicio para “reedificar un nuevo alcázar formidable sobre los viejos cimientos conservados”.⁶² Ocasión tan esperada, en opinión de Palacio, llegó con la guerra fría. Mientras Europa zozobraba —los comunistas llegaban a Berlín—, España, fiel a sus valores, se ofrecía a la Europa maltrecha posterior a la segunda guerra mundial para tenderle una mano: “En el mañana próximo, Europa arrojará el lastre de la cultura moderna que pesadamente arrastra[...] Y en ese mañana que despunta en el levante de la conciencia europea, España es posible que tenga bastante que decir y algo que hacer. Preparémonos, pues, para ello.”⁶³

Suponer que la Europa que había vencido a las potencias del Eje iba a “arrojar el lastre” de la cultura moderna (el racionalismo, etc.) y se disponía a desarrollar una nueva conciencia donde la España centinela de los viejos valores tendría “bastante que decir” a los europeos, no era precisamente visión de futuro. Pero lo importante no era eso, sino creerse, y a ser posible hacer creer, que el tradicionalismo español que removía a filósofos escolásticos y neotomistas era una línea de pensamiento muy actual y potente como para dar respuestas a los problemas del mundo en 1949.

Por otro lado, con interpretaciones como la indicada, se consolidaba el espejismo de una España *diferente* a Europa que se regodeaba en sus esencias castizas mientras daba la espalda a la modernidad, como anhelaban los carlistas más mazorrales del XIX. Lo sorprendente es que estas irracionalidades entusiasmaron a muchos, incluido el mismo Vicens Vives de los años cuarenta —luego mudó—, para quien, por fin, una generación de historiadores, al

⁶¹ Palacio, *Derrota*, 1949, pp. 29, 194.

⁶² *Ibid.*, p. 203.

⁶³ *Ibid.*

filo de 1948, 300 años después de Westfalia, había dado con “la correcta interpretación de la experiencia histórica desde los Reyes Católicos hasta 1936”.⁶⁴

d) El siglo XVIII. Según la interpretación de los historiadores franquistas más caracterizados, durante el siglo *de las luces*, al menos hasta el estallido de la revolución francesa, España recuperó su pulso. Lo que predominó en aquel siglo fue “el animoso espíritu de reforma”.⁶⁵ Pero tratábase de una reforma sana, por cuanto que se inspiraba en las raíces hispanas. Es decir, aunque introducía novedades, se respetaba la tradición, que era lo importante. Se trataba, pues, de una *renovación*.

El concepto “renovación” (o mejor, metáfora) gustaba mucho a los profesores de Opus Dei, pues suponía la introducción de novedades sin necesidad de romper con las tradiciones políticas y culturales. Al igual que los árboles se renuevan cada primavera al sacar nuevos brotes de sus viejos troncos, así la renovación política del siglo XVIII español introdujo novedades que permitieron al país recuperar buena parte de su grandeza, pero sin renunciar a lo que era más característico de su idiosincrasia.

Así, la monarquía borbónica —explicará Palacio Atard— no alteró sus fundamentos jurídicos, antes bien se mantuvo en las “consideraciones teóricas” de los siglos anteriores, aunque introdujo novedades (regalismo, centralización administrativa, repartos de tierras baldías, impulso del comercio, etc.) en las que palpitaba “un espíritu nuevo”.⁶⁶ No palpitaba ni la sociedad, ni nuevos grupos sociales que emergían, ni el crecimiento económico... Palpitaba *el espíritu*, demiurgo de los historiadores franquistas.

La explicación que ofrecía Palacio Atard, si ello era explicación, para dar cuenta de cómo el *espíritu* definió las nuevas necesidades, era la siguiente. Durante los siglos XVI y XVII, los gobernantes “habían atendido con preferencia los problemas espirituales” (es decir, luchar contra el infiel, guerrear contra los luteranos, expulsar a los moriscos, hacer autos de fe, evangelizar a los indios, etc.) y habían desatendido *el cuerpo* de la nación. Pero “como el cuerpo de España necesitaba caminos que fomentaran el comercio, y canales que fertilizaran sus campos, e industrias que contribuyeran a crear riqueza”, los gobernantes del XVIII lo advirtieron y se dedicaron preferentemente a subsanar estas deficiencias. Intelectuales como Feijóo definieron las “nue-

⁶⁴ Vicens, *España*, 1940, pp. 173-175. Esta generación de historiadores fue bautizada como la Generación de 1948, “los westfalianos”.

⁶⁵ Sánchez, *Pensamiento*, 1979, p. 333.

⁶⁶ Palacio, “Despotismo”, 1947, p. 360.

vas necesidades”, y los monarcas y ministros las realizaron más o menos. A Palacio Atard, sin embargo, como buen ortodoxo, le angustiaba una duda: los remedios, a veces, salvan el cuerpo pero hacen perder el alma...

Esta corriente reformista *autóctona* fue bautizada por Rodríguez Casado en 1951, nada menos que como “la ‘revolución burguesa’ del XVIII español”.⁶⁷ Se trataba, sin embargo, de una extraña *revolución burguesa* que se hacía sin revolución y sin burguesía y que, a la sazón, quien hacía la revolución era la monarquía absoluta. Para nuestro autor, *revolución* es una modificación que se opera en la “manera de sentir el derecho”; *burguesía* es una burocracia de funcionarios eficaces que toman conciencia de su poder, se consideran capacitados para gobernar y en su mayoría provienen de la hidalguía, el comercio y otras capas medias (de ahí el adjetivo que califica la revolución). La monarquía (especialmente Carlos III) promueve a estos oficiales diligentes a las altas magistraturas del Estado por sus virtudes y méritos, los ennoblece y se sirve de ellos para introducir diversas reformas, lo que irrita a la decadente aristocracia.⁶⁸ Así pues, la actitud reformista de la monarquía es, a juicio de Rodríguez Casado, el meollo de *su* revolución burguesa.

Esta inédita revolución es valorada positivamente, pues se hizo manteniendo *la constitución tradicional de España*, sin romper las tradiciones políticas multiseculares, aunque renovándolas. Vitoria, Suárez y “toda la línea del pensamiento español” fundamentaban las reformas.⁶⁹ No fue, pues, y esto es importante, la filosofía de la razón ni el enciclopedismo afrancesado los que las estimularon, sino la savia de los teólogos y juristas de antaño. Así cree verlo nuestro autor cuando disecciona las *ideas* de Floridablanca, Campomanes o Jovellanos y Cabarrús. Tampoco, en general, las ideas de las sociedades económicas de amigos del país fueron “contagiadas de la menor heterodoxia”, aunque con su fino bisturí para discernir ortodoxia y heterodoxia atisba (siguiendo los pasos de un prelado erudito) “desviaciones reprobables” en algunos de los miembros de estas sociedades.⁷⁰

Para aquilatar los hechos históricos a esta especulación, Rodríguez Casado se fijaba en el motín de Esquilache (1766) y en la expulsión de los jesuitas (1767). El motín lo interpreta como una *vendetta* del partido aristocrático contra los *golillas* —los juristas ennoblecidos— de los que Floridablanca era representante. El “pueblo” pinta poco en este suceso, pues sabido es

⁶⁷ Rodríguez, “Revolución”, 1951, pp. 367-384.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 372-375.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 371.

⁷⁰ Rodríguez, *Política*, 1962, pp. 260-264.

que “la mente popular de ayer, hoy y mañana es simplista por naturaleza”.⁷¹ Tanto que es incapaz de organizarse por sí. Pero entonces, ¿quién organiza el motín? La respuesta de Rodríguez Casado es contundente: la aristocracia, que aprovecha el descontento popular que se debe a otros factores —una carestía. Así pues, la aristocracia, usando al pueblo como instrumento, le da en la cresta a los *golillas*, agentes de la insólita revolución. El segundo acto de esta escena revolucionaria es la expulsión de los jesuitas, que interpreta como el desquite de la monarquía que sacrifica a la Compañía en lugar de castigar a la aristocracia.⁷²

Hasta aquí la *renovación* saludable de la época de Carlos III. Pero en 1789 estalló la revolución francesa. Empezaron entonces los “graves errores” que cuajaron en las Cortes de Cádiz. La revolución francesa, que tuvo un fuerte poder contaminante, hizo que la estrategia política *renovadora*, de la que se había servido “la burguesía” en el siglo XVIII, derrapase hacia la *innovación*, asumiendo la “filosofía transpirenaica” y alterando el acervo cultural de la patria. Los diputados liberales, contagiados por las heterodoxias extranjerizantes, “afirmaron que la soberanía residía en la nación”. Esto (además de ser un pecado —imagino) rompía, como dice Rodríguez Casado, con “un pensamiento político inmutable” que se mantuvo firme desde las Partidas hasta la generación de 1812.⁷³ En resumen, con Carlos IV y Godoy, y no digamos ya con los liberales de Cádiz, se interrumpió *la grandeza de la historia de España*, al menos hasta que llegó Franco. Veamos ese periplo.

e) La España contemporánea: 1808-1939. En el *Discurso de unificación* de Falange Española Tradicionalista y de las JONS de abril de 1937, el dictador hablaba de una *España bastarda* y una *España ideal*.⁷⁴ La primera la integraban los liberales, demócratas, republicanos, federales, socialistas, comunistas, anarquistas y también los nacionalistas. La segunda la integraban todos los que resistieron el liberalismo y la democracia y dieron su apoyo al golpe de Estado de 1936.⁷⁵ De la *bastarda* se derivaban males como la descomposi-

⁷¹ *Ibid.*, p. 379.

⁷² *Ibid.*, pp. 183-188.

⁷³ Rodríguez, “Revolución”, 1951, pp. 368-369.

⁷⁴ Franco, *Discurso*, 1939, p. 70.

⁷⁵ Formaban parte de la “España ideal” los *serviles*, carlistas, tradicionalistas, la dictadura del “inclito” general Primo de Rivera, los fascistas (las JONS, Falange Española), la derecha católica y antirrepublicana de los treinta (Acción Española, Renovación Española) y los elementos “más sanos” de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). Entre sus intelectuales estaban los pensadores reaccionarios de la época de Fernando VII, y en la época liberal descollaban neocatólicos y tradicionalistas como Jaime Balmes, Donoso Cortés (en su segunda época, pues los franquistas hilaban muy fino), Aparisi y Guijarro, Ortí y Lara, Ceferno González, Marcelino Menéndez Pelayo (el gran teórico de la España eterna), Vázquez de Mella, Ramiro de Maeztu y otros.

ción de la nación en partidos y sindicatos que la arruinaron, inestabilidad política, guerras civiles, pérdida del imperio... Por suerte, en medio de tanta miseria, se mantuvo firme en sus esencias la *España ideal* que resistió los embates liberales entre 1812 y 1936.

El “enigma” de la historia de España, según lo interpretaba el dictador, y con él la plana mayor de la historiografía oficial, era muy simple: el país perdió sus raíces (si no antes, en 1812) y se abrió a toda clase de exotismos e impiedades. Las influencias extranjerizantes fueron asumidas por una minoría de liberales exaltados, los cuales, sirviéndose de conspiraciones, pronunciamientos, la masonería o instituciones librepensadoras como la institución libre de enseñanza, impusieron y mantuvieron el régimen liberal por más de un siglo y produjeron la “desnacionalización” de España, según decía un temerario García-Gallo que veía desnacionalizarse el país en el momento de *constituirse* el Estado-nación.⁷⁶ Pero en 1936, la España que se mantuvo fiel durante más de un siglo a sus valores *auténticos* se sublevó.

La *victoria* de 1939 no era sólo militar sino, como decía García Escudero, “ideológica”, lo que en el horizonte conceptual de los franquistas significaba mucho: significaba que “fue una la España que prevaleció”.⁷⁷ Esta *nueva España*, bajo el mando de Franco, recuperaba las rutas católicas e imperiales, revivía sus tradiciones y esencias, aunque renovándolas. La renovación es un aspecto importante. Cada pedazo de la España *auténtica*, en la coyuntura de 1936, aportaba su grano de arena. Los carlistas aportaron su “maravillosa terquedad”, su amor a las esencias patrias, su empecinamiento durante más de un siglo a la riada liberal. La derecha católica —Acción Española, etc.— aportaba su potente “matriz ideológica” que forjaron combatiendo las reformas republicanas de cualquier clase que fuesen desde 1931. Su pequeño fallo, “la escasa atención a lo social”, lo subsanó la Falange —tercera aportación— con su populismo y su nacionalsindicalismo, su sentido de lo nacional y lo social, su voluntad de unir la tradición y la modernidad. La Falange, además, aportaba *la dialéctica de los puños y las pistolas*. Así se le devolvieron a la nación sus raíces más genuinas para poder realizar “la *sinfonía inacabada* de nuestro pasado”.⁷⁸

⁷⁶ García-Gallo, *Manual*, 1964, pp. 111-130.

⁷⁷ García, *Canovas*, 1953, p. 362.

⁷⁸ *Ibid.*, pp. 358-366. Idéntica versión, pero en vez de ver tres aportes veía cuatro lo que aportaba Manuel Aznar, un periodista y diplomático amigo de Franco y abuelo del presidente del gobierno José María Aznar, para quien los cuatro aportes eran 1) Falange, 2) Renovación Española (derecha radical católica partidaria de Alfonso XIII y fundida con Acción Española), 3) la Comunión Tradicionalista o carlismo, y 4) Acción Popular, el partido que formó la CEDA de la época republicana y que dirigía Gil Robles. O sea: toda la derecha. Véase la obra de Aznar, *Historia*, 1969, t. I, pp. 37 y ss.

El franquismo hizo todo lo que pudo para borrar de la historia de España el liberalismo y la democracia. La historia oficial gestionó una explicación de los siglos XIX y XX en la que el objetivo era distorsionar la experiencia liberal y democrática, mostrando la historia de estos siglos como un caótico conjunto de calamidades que arregló Franco.⁷⁹ José Luis Comellas, por ejemplo, un profesor vinculado al Opus Dei, echaba cuentas y calculaba que entre 1808 y 1936 se habían producido por lo menos 2 000 revoluciones (sólo en España), y eso que en sus cuentas no contaba los motines. Evidentemente, esto suponía, como promedio, una revolución “cada diecisiete días”.⁸⁰ Así se explicaba en un manual universitario cuya primera edición es de 1969 y en 1980, de donde cito, andaba en la séptima.

Para desmontar la tradición liberal, los historiadores oficiales que predominaron en la universidad, los del Opus Dei, se inventaron —creo no exagerar— una historia de los siglos XIX y XX que poco tenía que ver con la experiencia histórica real del país. Dar cuenta de toda no es posible, pero sí de dos fragmentos: el periodo 1808-1843 y el periodo 1931-1939.

Empecemos por el primero. Federico Suárez, sacerdote y catedrático de historia que se especializó en el periodo 1808-1843, consideró que en el siglo XIX hubo *conservadores*, *renovadores* e *innovadores*. Los primeros eran los fernandinos, inmovilistas y anclados en la tradición del despotismo ilustrado, que era escasamente español (por ser francés); los innovadores eran los afrancesados y los liberales, y aunque acabaron configurando el siglo carecían, según Suárez, de raíces en la España eterna. Los renovadores, en fin, eran los carlistas y los tradicionalistas, estaban bien arraigados en la tradición nacional, eran partidarios de introducir reformas sin romper con la tradición y contaban con aliento popular, doctrina y posibilidades. Pero no consiguieron sus objetivos porque fueron sistemáticamente traicionados, en especial en los *sucesos de La Granja*.⁸¹

El triunfo del liberalismo se interpretaba, pues, de manera extraña. Los historiadores del Opus no captaban el proceso revolucionario que va de 1808 a 1874. Ese periodo era visto como una etapa de lucha infecunda de todos contra todos: un zarzal inextricable de sucesos, cambios de gobierno, pronunciamientos, golpes de Estado, conspiraciones y guerras que no acertaban a ordenar. Sin perspectiva social de la historia ni cuerpo teórico para abor-

⁷⁹ Fontana, “Prólogo”, en Granja, Reig y Miralles, *Tuñón*, 1999, p. xiv.

⁸⁰ Comellas, *Historia*, 1980, p. 402.

⁸¹ Suárez, *Crisis*, 1950; *Sucesos*, 1953; *Conservadores*, 1955. Sobre la propuesta de Suárez Verdguer, véanse Jover *et al.*, *Siglo*, 1974, pp. 19-21, y Cuenca, “Historiografía”, 1999, pp. 205-208.

dar el cambio social, no podían más que sucumbir ante lo que les parecía un “caos”.⁸² En definitiva, una etapa política azarosa y caótica.

José Luis Comellas, que dedicó diversos estudios a este periodo,⁸³ coincidiendo con Rodríguez Casado y Federico Suárez, sostenía que la *minoritaria* burguesía (nunca definida desde las relaciones de producción sino desde el estatus social: acomodados, clases medias, aristocracia de la inteligencia) abandonó la sana política de la renovación y se dejó llevar por las ideas radicales de los franceses. Aprovechando el vacío de poder que supusieron las abdicaciones de Bayona y la guerra contra Napoleón, la minoría que había asumido la “filosofía transpirenaica” reunió en Cádiz con trampas y ardides a una mayoría de diputados de ideas políticas liberales. “Las ideas nuevas salieron a la luz atropelladamente, y sin transición alguna informaron una organización y una política que no contaban con precedentes de ninguna clase en nuestra patria”.⁸⁴ Por supuesto, las ideas liberales carecían de base y apoyo social.

Ahora bien, si detrás el liberalismo no había ni precedentes ni raíces sociales, ¿cómo se impuso? ¿Cómo se consolidó una España liberal desde 1834 hasta la guerra civil? La respuesta fue el pronunciamiento liberal, de ahí la importancia que dio nuestro autor al estudio de los pronunciamientos. Mientras que para Díez del Corral los pronunciamientos son como una “profecía” que expresa un estado de conciencia política,⁸⁵ para Comellas son “el producto de un afán particular”. Incluso “aunque cuente, en ocasiones, con representantes de diversas clases de la sociedad, no es [el pronunciamiento]; en rigor, un fenómeno social, sino más bien antisocial”.⁸⁶

Otros autores optaron por buscar otras causas anecdóticas para explicar el triunfo del liberalismo y su mantenimiento por más de un siglo, y no cabe duda de que la masonería tenía muchas papeletas para ser culpable de que una minoría de españoles bastardos se impusiesen a la España eterna. Eduardo Comín Colomer, por ejemplo, centrándose en el periodo posterior a 1874, creía que “la secta” intervino “en el indulto de Villacampa, la pérdida de las colonias, la ‘semana trágica’, la dimisión de Maura, la campaña del

⁸² Hasta Díez del Corral, que estaba en otra línea de interpretación menos rígida, decía que “nuestro siglo XIX está sometido a una serie de cambios políticos [...] continuos y motivados por causas [...] extrañas y aún peregrinas muchas veces”. Díez del Corral, *Liberalismo*, 1973, p. 589.

⁸³ Entre los diversos trabajos de Comellas, *Primeros*, 1958; *Teoría*, 1962; *Canovas*, 1965, y *Moderos*, 1970.

⁸⁴ Comellas, *Primeros*, 1958, p. 19.

⁸⁵ Díez del Corral, *Liberalismo*, 1973, p. 481.

⁸⁶ Comellas, *Primeros*, 1958, p. 359.

¡Maura no!, el anticlericalismo de Canalejas, los asesinatos de este y de Dato, la huelga general del año 17; el abandonismo marroquí, el separatismo catalán y las campañas posteriores contra la Dictadura [de Primo de Rivera] y contra el Monarca, hasta desembocar en una obra tan perfectamente masónica como la segunda república”.⁸⁷

La segunda república y la guerra civil no era precisamente el territorio al que los historiadores franquistas aplicasen sus talentos. En general entendían que no había suficiente “perspectiva histórica” para historiar el siglo xx. Pero la dictadura no esperó a copar el escalafón con catedráticos franquistas para historiar una etapa tan importante. Además, para una tarea tan comprometida buscó políticos, magistrados, militares de alta graduación y periodistas de gran confianza. El objetivo era criminalizar la segunda república, justificar la sublevación militar del 36, la guerra civil, la dictadura y la violencia política que ejercía con toda brutalidad.

Esta “tarea” intelectual la ordenó el cerebro político del régimen de entonces, Serrano Suñer. En 1938, nombró una comisión para “demostrar la ilegitimidad de los poderes actuantes en la república española en 18 de julio de 1936”.⁸⁸ Los comisionados, sin embargo, no se limitaron al 18 de julio, sino que se remontaron al 14 de abril de 1931 para argumentar la ilegitimidad del régimen. Consideraron que la proclamación de la república fue un “hecho de fuerza”, que ésta no era un régimen democrático, que su Constitución no era estatuto fundamental del Estado, ni tenía el asentimiento generalizado de la mayoría de los españoles, ni siquiera se aplicó pues diversas leyes hicieron ilusorios los derechos individuales que contenía. Para los comisionados, la república fue, desde el principio, una estrategia de la que se sirvieron los *rojos* para preparar una revolución social y disgregadora dentro de España. Incidieron mucho en los sucesos revolucionarios de Asturias y Cataluña de 1934 y los interpretaron como un “ensayo” para iniciar “un régimen revolucionario y marxista”. Las elecciones de febrero de 1936 las consideraron un “fraude”. Por cuanto concierne a la actuación del gobierno entre febrero y julio del 36, apoyado por el frente popular, la vieron como un caos: se obligó a los patronos, decían ellos, a contratar “asesinos”, se destruyó la economía agraria, se hicieron expropiaciones “anticonstitucionales”, se toleraron y alentaron desde el gobierno “incendios, despojos y asesinatos...”. Y como los franquistas españoles, además de falangistas,

⁸⁷ Comín, *Masonería*, 1944, citado por García, *Canovas*, 1953, p. 160.

⁸⁸ *Dictamen*, 1939, p. 7.

eran católicos fanáticos, añadieron la doctrina teológica que, desde el corazón profundo de la edad media, explicaba que resistir al mal gobierno era no sólo legítimo, sino obligatorio: era “santo el derecho a oponerse al tirano que usurpó el poder”.⁸⁹

Esta interpretación era una auténtica impostura fabricada por el poder fascista para justificar que la rebelión militar y la subsiguiente guerra eran actos de resistencia legítima. Se trataba, como ha explicado Francisco Espinosa, de “trasladar la responsabilidad del desastre de quienes lo provocaron a sus víctimas”.⁹⁰ Este era el propósito de la explicación franquista de la época republicana: deslegitimarla para legitimarse ellos. Pero había más: justificar la represión y retroceder las aberrantes leyes de “responsabilidades políticas” a octubre de 1934.

Pues bien, el tenor del dictamen es exactamente el de la interpretación que la historiografía franquista dio de la república.⁹¹ Es más, la república era síntesis de todas las perversiones de los dos últimos siglos de historia de España. En la oficial *Historia de la cruzada española*, de Arrarás, puede leerse:

La segunda República española era como una Satánica Alianza, en la que volvían a España, para ensayar una definitiva embestida, todos los seculares enemigos del alma nacional. Lutero, con aquella intelectualidad racionalista; el Gran Turco, con el alud oriental, bolchevista y ateo; Napoleón con el régimen jacobino que tenía por canción de cuna la misma Marsellesa que entonaban los soldados de Murat, cuando entraban triunfadores por Madrid.⁹²

Justificada la sublevación militar, sólo faltaba adornarla con argumentos metafísicos. Los militares, según Manuel Aznar, cuando percibieron que la saturación de “crímenes, de amenazas, de peligros decisivos y de negaciones de la Patria” producían una atmósfera política irrespirable, dijeron “¡Aquí estoy! ¡Vamos a salvar a España!” Y esta decisión era, además, “la encarnación popular más profunda de nuestro país”, expresa, que brotaba en el espíritu de los militares sublevados y no en las urnas de febrero.⁹³

⁸⁹ *Ibid.*, p. 18.

⁹⁰ Espinosa, *Fenómeno*, 2005, p. 88.

⁹¹ A estos argumentos se añadieron otros, como considerar que los republicanos eran pistoleros; los institucionistas, depravados antiespañoles; los socialistas, peligrosos terroristas; los comunistas, chequistas a las órdenes de Moscú; los anarquistas, “una maleza que no retrocedía ante el crimen”.

⁹² Arrarás, *Historia*, 1939-1943, t. 8, p. 27.

⁹³ Aznar, *Historia*, 1964, p. 32.

Era importante argumentar que el *alzamiento* no era un pronunciamiento, una cuartelada vulgar, sino el súbito despertar de los españoles auténticos, de la verdadera alma española que, tras estar adormecida desde 1812, resurgía de pronto. De los ocho tomos de la enorme *Historia de la cruzada*, de Arrarás, cuatro se dedicaban al *alzamiento*, dos a la guerra y otros dos a demonizar la república. El alzamiento era muy importante: enfatizar la participación popular servía para fundir en un único destino las ambiciones de los generales traidores que lo protagonizaron y el *alma española* que, por fin, se levantaba contra los *rojos* bastardos. Unas gotas de *poesía falangista* (un tipo de prosa como el que sigue) resume estas esencias:

Pamplonicas bulliciosos, magros castellanos, adolescentes de ojos cándidos, españoles dispuestos a hacer *su* guerra, en defensa espontánea de las cosas más inmediatas y humildes: la iglesia en que los bautizaron, la hogaza de pan bendecida en la mesa y cuanto de repente se les revelaba tan entrañablemente vinculado al soto conocido y al repicar de la campana de la ermita.⁹⁴

Los historiadores franquistas repetían como ecos estas “verdades”. José Luis Comellas, en el manual antes citado, “explica” las causas de la guerra civil del siguiente modo: “de pronto —dice—, en julio de 1936, quedó rota una continuidad de más de cien años en la historia de España”. Esa “continuidad”, la liberal, era “precaria” e “inestable” y por supuesto “no había mantenido la fidelidad con la tradición”. En todos esos años de influencia liberal, el país fue gobernado por “minorías burguesas”, “liberales”, “utópicas” y “teorizantes” que, además, no consiguieron muchos logros pues, a su juicio, España había “empeorado”. Y “de pronto” llegó la guerra con tres formas de ver a España: la de un pequeño grupo de intelectuales y políticos partidarios del liberalismo, aunque remozado, que eran los republicanos; la de un gran grupo de españoles que pretendían “una revolución nacional y católica, en la que España volviera a encontrarse a sí misma” (expresión casi literal de la que a veces usaba José Antonio Primo de Rivera, jefe de Falange) y finalmente otro gran grupo, también revolucionario pero partidario “de una revolución destructora y violenta”, que quería edificar una sociedad marxista o anarquista. En definitiva, “lo que se disputó en la guerra española fue, por tanto, todo un concepto de España”.⁹⁵

⁹⁴ García, *Canovas*, 1953, p. 355.

⁹⁵ Comellas, *Historia*, 1980, pp. 596-610.

Los historiadores oficiales del franquismo, como se ve, siempre vuelven a las ideas metafísicas como motor de la historia. Los ideales católicos, ya lo vimos, rigieron el imperio. Y la guerra civil, cómo no, era una disputa de conceptos. O sea: los españoles tomaron el fusil para disputar conceptos sobre la esencia de España. Los intereses materiales, los conflictos agrarios, las huelgas, las reformas del primer bienio republicano, las contrarreformas del segundo, los intereses materiales de los jornaleros o de los terratenientes, los intereses materiales de la Iglesia (pues ésta también tiene *temporalidades*), los conflictos ideológicos, los de la organización territorial, etc., cuentan para la letra menuda. Aquí, lo que verdaderamente cuenta son los conceptos.

Por cuanto concierne al franquismo, la “falta de perspectiva histórica” no le impidió a Comellas observar en esta época “una historia completamente nueva”, que ya manifestó su brío incluso en los años más terribles de la dictadura, los cuarenta:

España —dice— quedó destrozada de resultas de la guerra; pero al mismo tiempo podría decirse que quedó renovada y con ansias grandes, no ya de reconstrucción, sino de superación. La literatura patriótica, al filo de la “Victoria”, hablaba de imperio y destinos universales y eternos; el nuevo gobierno, presidido directamente por el Jefe del Estado... estaba dispuesto a seguir una práctica de realizaciones; y un gran número de españoles (incluyendo a muchos de los que antaño habían simpatizado con la República) estaban seguros de que había comenzado una etapa de resurgimiento en el país. A los partes de guerra sucedían [...] los “partes de paz”, anunciando los progresos y los nuevos logros.⁹⁶

BIBLIOGRAFÍA

- Abella, Rafael, *Por el imperio hacia Dios. Crónica de una posguerra*, Barcelona, Planeta, 1978.
- Arrarás Iribarren, Joaquín (dirección literaria), *Historia de la cruzada española*, Madrid, Ediciones Españolas, 1939-1943, 8 tt.
- Artola Gallego, Miguel, *Los afrancesados*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1953.
- , *Los orígenes de la España contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1959.

⁹⁶ *Ibid.*, pp. 639-640.

- Aznar, M., *Historia militar de la guerra de España (1936-1939)*, Madrid, Editora Nacional, 1969 (1a. ed. 1940).
- Baldó Lacomba, Marc, "El plan de estudios de 1900 y la renovación de la enseñanza de la historia" en Luis Enrique Rodríguez-San Pedro Bezares, *Las universidades hispánicas de la monarquía de los Austrias al centralismo liberal*, Salamanca, Universidad de Salamanca/Junta de Castilla y León, 1999, t. 2, pp. 59-75.
- , "La universidad española durante la república y el régimen de Franco (1931-1975)" en Joan J. Busqueta y Juan Pemán (coords.), *Les universitats de la Corona d'Aragó, ahir i avui. Estudis històrics*, Barcelona, Pòrtic, 2002.
- Ballesteros Gaibrois, Manuel, *Francisco Pizarro*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1940.
- , *Recuerdo y presencia de Francisco Pizarro*, Madrid, Ediciones de la Vicesecretaría de Educación Popular, 1942.
- , *Valencia y los Reyes Católicos: 1479-1493*, Valencia, Universidad de Valencia, 1943.
- , *Historia de España*, Barcelona, Surco, 1962.
- Bosch Gimpera, Pedro, "Don Rafael Altamira", *Boletín de los Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza*, núm. 92, México, 1966.
- Busqueta, Joan J. y Juan Pemán (coords.), *Les universitats de la Corona d'Aragó, ahir i avui. Estudis històrics*, Barcelona, Pòrtic, 2002.
- Calvo Serer, Rafael, "Valoración europea de la historia española" en *Historia de España. Estudios publicados en la revista Arbor*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953.
- Carande, Ramón, *Carlos V y sus banqueros*, t. I, *La vida económica de España en una fase de su hegemonía, 1516-1556*, Madrid, Revista de Occidente, 1943.
- , *Carlos V y sus banqueros*, t. II, *La Hacienda Real de Castilla*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1949.
- , *Carlos V y sus banqueros*, t. III, *Los caminos del oro y de la plata (Deuda exterior y tesoros ultramarinos)*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1967.
- , *Carlos V y sus banqueros*, Barcelona, Crítica, 1986.
- Carreras, José, "La Universidad de Zaragoza durante la guerra civil" en *Historia de la Universidad de Zaragoza*, Madrid, Editora Nacional, 1983, pp. 418-434.
- Carreras Ares, Juan José, *Razón de historia. Estudios de historiografía*, Madrid, Marcial Pons, 2000.
- Comellas, José Luis, *Los primeros pronunciamientos en España, 1814-1820*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1958.
- , *La teoría del régimen liberal español*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1962.
- , *Canovas*, Madrid, Yunque, 1965.

- _____, *Los moderados en el poder: 1844-1854*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1970.
- _____, *Historia de España moderna y contemporánea (1474-1975)*, Madrid, Rialp, 1980.
- Comín Colomer, Eduardo, *La masonería en España*, Madrid, Editorial Nacional, 1944.
- Cuenca Toribio, José Manuel, "La historiografía sobre la edad contemporánea en José Andres-Gallego, *Historia de la historiografía española*, Madrid, Encuentro, 1999.
- Deleito Piñuela, José, *La enseñanza de la historia en la universidad española y su reforma posible*, Valencia, Tipografía Moderna, 1918.
- _____, *El primer golpe de Estado contra el régimen constitucional de España (Valencia 1814)*, Valencia, Vives Mora, 1937.
- Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo, *Imperio de papel. Acción cultural y política exterior durante el primer franquismo*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992.
- Dictamen sobre la comisión de ilegitimidad de poderes actuantes en 18 de julio de 1936*, Madrid, Editora Nacional, 1939.
- Díez del Corral, Luis, *El liberalismo doctrinario*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1973.
- Dualde Serrano, Manuel, "La plenitud política de la corona de Aragón: el Compromiso de Caspe", *Arbor*, "Historia de España", Consejo Superior de Investigaciones Científicas, núms. 30-32, 1948, Madrid.
- Espinosa Maestre, Francisco, *El fenómeno revisionista de la derecha española*, Badajoz, Libros del Oeste, 2005.
- Fernández Álvarez, Manuel, *Política mundial de Carlos V y Felipe II*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1966.
- Fox, Inman, *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra, 1998.
- Franco, Francisco, "Discurso de unificación, de FET y de las JONS", en *Bases de la revolución nacional*, Barcelona, Núñez, 1939.
- Furió, Antoni, "De la autarquía al intercambio: la historia medieval valenciana entre 1939 y 1989", *Hispania*, revista española de Historia, CSIC, núm. 175, 1990, Madrid, pp. 903-920.
- Gallego, José Andrés, *Historia de la historiografía española*, Madrid, Encuentro, 1999.
- García Escudero, José María, *De Canovas a la república*, Madrid, Rialp, 1953.
- García-Gallo, Alfonso, "El imperio medieval español", *Arbor*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, núm. 11, 1945, Madrid.

- , *Manual de historia del derecho español*, Madrid, Artes Gráficas y Ediciones, 1964.
- García Morente, Manuel, *Obras completas*, Madrid, Fundación Caja de Madrid/Editorial Anthropos, 1996.
- Granja, José Luis de la, Alberto Reig y Ricardo Mirelles (eds.), *Tuñón de Lara y la historiografía española*, Madrid, Siglo XXI, 1999.
- Guinot Rodríguez, Enric, "La historiografía medieval valenciana en temps imperials (1939-1957)", *Saitabi*, núm. 47, 1997, Valencia, pp. 119-152.
- Jover Zamora, José María, "Corrientes historiográficas en la España contemporánea" en Jover Zamora, *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999, pp. 273-310.
- , *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999.
- et al., *El siglo XIX en España: doce estudios*, Barcelona, Plantea, 1974.
- Láin Entralgo, Pedro, "Sobre el ser de España (1950)" en *España como problema*, Madrid, Aguilar, 1957.
- , "Informe de don Pedro Láin Entralgo respecto a la situación espiritual de la juventud española", Madrid, 1955, en Roberto Mesa, *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*, Madrid, Universidad Complutense, 1982.
- Lizcano, Pablo, *La generación del 56. La Universidad contra Franco*, Barcelona, Grijalbo, 1981.
- Maeztu, Ramiro de, *Frente a la república*, Madrid, Rialp, 1956.
- Marín Gelabert, Miquel Ángel, *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio de la patria*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza/Institución Fernando el Católico, 2005.
- Menéndez Pidal, Ramón, *Los españoles en la historia (1947)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1982.
- Morodo, Raúl, *Atando cabos. Memorias de un conspirador moderado (1)*, Madrid, Taurus, 2001.
- Muñoz Lloret, Joseph M., *Jaume Vicens i Vives. Una biografía intelectual*, Barcelona, Ediciones 62, 1997.
- Olábarri Gortázar, Ignacio, "El peso de la historiografía española en el conjunto de la historiografía occidental (1945-1989)", *Hispania*, núm. 175, 1990, pp. 417-437.
- Palacio Atard, Vicente, "El despotismo ilustrado español", *Arbor*, "Historia de España", Consejo Superior de Investigaciones Científicas, núm. 22, 1947, Madrid.
- , *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII (Un punto de enfoque para su interpretación)*, Madrid, Rialp, 1949.

- Pasamar Alzuria, Gonzalo e Ignacio Martín Peiró, *Historiografía e ideología en la post-guerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1981.
- , *Historiografía y práctica social en España*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1987.
- , *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, Akal, 2002.
- Pere Bosch, Gimpera, "España" en Pedro Ruiz, *Discursos sobre la historia. Lecciones de apertura de curso en la Universidad de Valencia (1870-1937)*, Valencia, Universitat de València, 2000.
- Pérez Bustamante, Ciríaco, *Historia del imperio español. Sexto curso*, Madrid, Atlas, 1951.
- Pérez de Urbel, Justo (fray), "El milagro del nacimiento de Castilla", *Arbor*, "Historia de España", Consejo Superior de Investigaciones Científicas, núm. 9, 1945, Madrid,
- Piqueras, José Antonio, "Ferran Soldevila" en Andrés de Blas Guerrero, *Enciclopedia del nacionalismo*, Madrid, Tecnos, 1997.
- Pujol, Enric, *Ferran Soldevila. Els fonaments de la historiografia catalana contemporània*, Catarroja, Afers, 1995.
- Ramírez, Luis, *Nuestros primeros veinticinco años*, París, Ruedo Ibérico, 1964.
- Ramos Pérez, Demetrio, *Historia de la colonización española en América*, Madrid, Pegasus, 1947.
- Ruiz, Pedro, *Discursos sobre la historia. Lecciones de apertura de curso en la Universidad de Valencia (1870-1937)*, Valencia, Universitat de València, 2000.
- Rodríguez Casado, Vicente, "La 'revolución burguesa' del XVIII español", *Arbor*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, núm. 61, 1951, Madrid, pp. 367-384.
- , *La política y los políticos en el reinado de Carlos III*, Madrid, Rialp, 1962.
- Rodríguez de Lecea, Teresa, "La enseñanza de la historia en el Centro de Estudios Históricos: Hinojosa y Altamira" en José Manuel Sánchez Ron, *La Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas 80 años después*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1988, t. II, pp. 519-534.
- Sánchez Agesta, Luis, *El pensamiento político del despotismo ilustrado*, Sevilla, Secretaría de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1979.
- Santoreña Setién, Antonio, *Marcelino Menéndez Pelayo. Revisión crítico-biográfica de un pensador católico*, Santander, Universidad de Cantabria, 1994.
- , *Menéndez Pelayo y las derechas en España*, Santander, Ayuntamiento de Santander, 1994.

- Serer, Calvo, "España, sin problema", *Arbor*, "Historia de España", Consejo Superior de Investigaciones Científicas, núm. 45-46, 1949, Madrid.
- Suárez, Federico, *La crisis política del Antiguo Régimen en España (1800-1814)*, Madrid, Rialp, 1950.
- , *Los sucesos de La Granja*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953.
- , *Conservadores innovadores y renovadores en las postrimerías del antiguo régimen*, lección inaugural del curso académico 1955-1956, en el "Estudio General de Navarra", Pamplona, Stadium Generale, 1955.
- Silió, César, *Trayectoria y significación de España. Del viejo tiempo al tiempo nuevo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1939.
- Soldevila, Ferrán, *Historia de España (1952 y 1959)*, Barcelona, Crítica, 1995.
- Suñer, Enrique, *Los intelectuales y la tragedia española*, Burgos, Editorial Española, 1937.
- , *Una poderosa fuerza secreta: la Institución Libre de Enseñanza*, San Sebastián, Editorial Española, 1940.
- Steiger, Arnald, "Alfonso X el Sabio y la idea imperial", *Arbor*, "Historia de España", Consejo Superior de Investigaciones Científicas, núm. 18, 1946, Madrid.
- Valls Montés, Rafael, *La interpretación de la historia de España y sus orígenes ideológicos en el bachillerato franquista (1938-1953)*, Valencia, Universidad de Valencia, 1948.
- Varios autores, *Once ensayos sobre la Historia*, edición de *Boletín Informativo de la Fundación Juan March*, 1976, Madrid.
- Vilar, Sergio, *Protagonistas de la España democrática. La oposición a la dictadura 1939-1969*, París, Ediciones Sociales, 1968.
- Vicens Vives, Jaume, *España. Geopolítica del Estado y del imperio*, Barcelona, Editorial Yunque, 1940.
- , *Historia social y económica de España y América*, Barcelona, Editorial Teide, 1957-1959.
- Zamora, Jover, "Rafael Altamira y la historia de la civilización" en *Catedráticos en la Academia, académicos en la Universidad*, Madrid, Fundación Central Hispano/ Consejo Social de la Universidad Complutense, 1994.